

**AQUELARRE DE ABUELAS, MADRES E HIJAS RURALES.
EMPODERAMIENTO Y REDEFINICIÓN DE LO FEMENINO EN
EL CONO SUR AMERICANO**

**Débora Jana Aguirre
(Universidad Complutense de Madrid)**

RESUMEN: La variante latinoamericana de la *mujer doméstica* se profundiza al consolidarse los Estados decimonónicos. El modelo de madre y esposa, propio de las élites andinas, se extiende a las clases populares. Durante el siglo XX, el modelo de la *nueva mujer*, es promovido por capas aristocráticas y medias, quienes cuestionan la exclusión femenina de lo público. ¿Son las mujeres populares meros receptores de estos modelos o participan en su transformación?

Este artículo se basa en la investigación doctoral realizada con biografías de tres generaciones de mujeres populares rurales chilenas y peruanas. Analiza la redefinición de modelos hegemónicos como estrategia de empoderamiento. En el hogar campesino –metáfora del aquelarre donde las brujas celebraban sus reuniones– las mujeres rurales se empoderan reconceptualizando los modelos de lo femenino.

PALABRAS CLAVE: lo femenino, empoderamiento, ruralidad, Chile y Perú, biografías.

ABSTRACT: The Latin American version of the *domestic woman* was intensified during the consolidation of the States in the eighteenth century. The good mother and wife model, typical of the Andean elites, is extended to the lower classes. During the twentieth century, the *new woman* model is promoted by aristocratic and middle-class women, who question the exclusion

of women from the public sphere. Do lower class women participate in the transformation of the models? What kind of empowerment strategies do they use?

This article is based on a doctoral research that uses the biographies of three generations of Chilean and Peruvian rural women. We analyze the strategies of empowerment made by redefining the domestic woman model. In the peasant home –a metaphor of the coven where witches celebrated their meetings– rural women are empowered redefining the feminine models.

KEYWORDS: female, empowerment, rurality, Chile and Perú, biographies.

1. Sobre mujeres “no visibilizadas”. Investigar otras formas de empoderamiento en lo rural

No existe la mujer “en general”, ni siquiera la “mujer chilena” en general. Que en la historia concreta de este país uno se topa, más bien, con mujeres “patricias” o “plebeyas” (o “cuicas o pirulas” y “rotas u ordinarias”, si se prefiere). Con “damas” (o “matronas” o “micias”) de nivel aristocrático, “siúticas” de arribismo medio (o de “medio pelo”) y con mujeres de bajo pueblo (como se decía en el siglo pasado) o “pobladoras” (como se dice hoy). Que lo que se halla son mujeres vestidas “a la francesa” (o a la europea) y otras, simplemente, con “chombas asoleadas, desteñidas, y zapatos enterrados” (a lo que se puede)¹⁰⁹.

La *historia de las mujeres* recupera, recuerda, tematiza a todas aquellas que han participado –desde espacios diversos– en la redefinición de la situación de sumisión e inferioridad en que históricamente han vivido las mujeres. A lo largo del siglo XX, se ha

¹⁰⁹ SALAZAR, G.: “La mujer de bajo pueblo en Chile. Un bosquejo histórico”, *Proposiciones*, Vol. 21 (1992), pp. 64-78.

logrado eliminar estrictas normas de conducta, una severa moral sexual y la permanencia obligada de la mujer en la esfera privada.

Se ha logrado hacer propias las consignas de libertad e igualdad, con miras a deslegitimar un sistema de valores definido como propio de las mujeres –castidad, modestia, contención, sensibilidad. Y se ha conseguido, de manera relativa, eliminar la división sexual del trabajo familiar, el estereotipo de la madre ama de casa, [en definitiva] la esclavitud doméstica del segundo sexo¹¹⁰.

El resurgimiento de la conciencia pública –primero en los años veinte y luego en los sesenta– ha favorecido que las mujeres tengan una nueva visión de su situación¹¹¹. Y en ello han participado también diversos organismos que promueven la igualdad de género y el empoderamiento de la mujer, entendiéndolos como derechos humanos y clave del desarrollo¹¹². Se ha logrado, en definitiva, [incrementar] en la mujer la capacidad de configurar su propia vida y su entorno, y [promover] una evolución en la concientización de

¹¹⁰ LIPOVETSKY, G.: *La tercera mujer*. Barcelona, Anagrama, 1999, p. 201.

¹¹¹ FREEMAN, J.: *El movimiento feminista*. México D.F., Editores Asociados, 1977, p. 42.

¹¹² Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo: *Estrategia de igualdad de género (2008–2011)*.

las mujeres sobre sí mismas, en su estatus y en su eficacia en las interacciones sociales¹¹³.

A través de este proceso de empoderamiento, las mujeres han avanzado en la eliminación de su rol de *esclavas domésticas*. Y han conseguido, introducir a lo largo de medio siglo más cambios en la condición femenina que todos los milenios anteriores¹¹⁴. La consecución del espacio público ha sido uno de los mayores triunfos de la lucha de las mujeres de la modernidad. Y las sociedades latinoamericanas no han sido ajenas a este proceso de transformación. Las clases altas y medias se insertan en los nuevos espacios. Y lo hacen también las populares y, en lo que aquí respecta, las de origen rural a través de su participación en nuevos mercados laborales.

En efecto, desde la década de los ochenta, en un contexto de modernización del medio agrícola latinoamericano, la participación de la mujer campesina en la estructura productiva se considera como uno de los más visibles cambios de las sociedades rurales¹¹⁵.

¹¹³ SCHULER, M.: "Los derechos de las mujeres son derechos humanos: la agenda internacional del empoderamiento". En DE LEÓN, M. (coord.): *Poder y Empoderamiento de las Mujeres*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1997, p. 31.

¹¹⁴ LIPOVETSKY, G.: *La tercera mujer*, p. 9.

¹¹⁵ La ruralidad ha experimentado importantes transformaciones en términos espaciales y sociodemográficos que han conducido a la redefinición de las relaciones productivas y sociales existentes en el sector. Esta situación ha afectado por igual la realidad campesina de países de Latinoamérica como de Europa. En el caso latinoamericano, las transformaciones del medio agrícola

Esta participación ha sido conceptualizada, desde los estudios de género, como estrategia de redefinición de los roles tradicionalmente asignados a las mujeres y, por tanto, como forma válida de empoderamiento en lo rural.

El proceso de participación y empoderamiento tiene varias aristas. Por una parte, se da en un contexto de modernización y emergencia de un nuevo mercado rural sustentado en la adscripción de fuerza de trabajo flexible, contratada por temporadas y con horarios y condiciones precarias e informales de trabajo¹¹⁶. Las mujeres, en este sentido, trabajan en condiciones de inestabilidad, dependencia ocupacional y desprotección legal¹¹⁷.

Por otra parte, dicha participación responde a la necesidad de buscar nuevas fuentes generadoras de ingresos, ya que la agricultura por sí sola no resulta ser un mecanismo suficiente que asegure la viabilidad de las unidades productivas¹¹⁸. Como vemos, y entendiendo a este grupo de mujeres como parte de los sectores

son el resultado directo de la alteración de los patrones productivos, de las orientaciones de mercado y de los patrones técnicos de producción.

¹¹⁶ VALDÉS, X.: "Relaciones de género y transformaciones agrarias: la hacienda y la pequeña propiedad en Chile central". En VALDÉS, X. et al.: *Mujeres, relaciones de género en la agricultura*. Santiago de Chile, CEDEM, 1995, p. 97.

¹¹⁷ VENEGAS, S.: "Las temporeras de la fruta en Chile". En VALDÉS, X. et al.: *Mujeres, relaciones de género en la agricultura*, pp. 119-155.

¹¹⁸ BENGGOA, J.: "Campesinado y MERCOSUR", *Revista Temas Sociales*, n° 12 (1996), p. 6.

populares, la integración al mercado laboral sigue siendo un mecanismo de complementariedad de ingresos, al menos inicialmente. En este escenario, las mujeres han *salido fuera* del ámbito doméstico para buscar posibilidades de trabajo que permita generar nuevas fuentes de ingresos familiares.

Ahora bien, esta participación tiene dos interesantes consecuencias que le permiten conceptualizarse como un proceso de empoderamiento. En primer lugar, con sus nuevos trabajos, las mujeres aportan materialmente a la reproducción de la familia, es decir, aportan capital a la unidad de producción¹¹⁹. Ello asegura una mayor autonomía económica y mayor poder de decisión al interior del hogar. En segundo lugar, la salida del ámbito reproductivo implica la reformulación de las prácticas tradicionales como madres y amas de casa, favoreciendo un proceso de auto-cuestionamiento del rol tradicional de madre.

Según vemos, la disposición de las mujeres rurales a participar del nuevo mercado laboral no está únicamente atravesada por una lógica comercial, sino por una lógica de género, donde la mujer busca la auto-realización en una esfera diferente a la tradicionalmente definida para ella, como lo es el ámbito de la reproducción. Ello permite que hablemos de una *nueva mujer*

¹¹⁹ FAUNÉ, A.: "Centroamérica. Mujeres y familias rurales". En VALDÉS, X. et al.: *Mujeres, relaciones de género en la agricultura*, p. 197.

también en lo rural. Una nueva mujer que inicia un proceso de empoderamiento una vez que participa en el mercado laboral, aun cuando sus intereses iniciales sea aportar al ingreso familiar.

No obstante las indiscutibles transformaciones en la condición de la mujer rural latinoamericana, hay quienes han creado estrategias de empoderamiento que no son tradicionalmente conceptualizadas y, por tanto, no visibilizadas. Esto, si consideramos que hay durante el siglo XX al menos dos generaciones de mujeres que permanecen en el ámbito reproductivo y parecen reproducir los cánones tradicionales de lo femenino¹²⁰.

¿Qué sabemos de aquellas mujeres que no participan de los nuevos mercados laborales y, de acuerdo a los metarrelatos, continúan sumidas en la esfera privada, encargadas de la reproducción del hogar? ¿Qué *historia* se ha contado sobre ellas? ¿Qué estrategias de empoderamiento le han sido asignadas o relevadas? ¿O es que por permanecer excluidas de lo público no participan de los procesos de empoderamiento que durante el siglo XX se han llevado a cabo?

¹²⁰ Al hablar de mujer o femenino no nos referimos a ningún arquetipo, a ninguna esencia inmutable, sino a la convicción que lo femenino se formula dentro del estado actual de la educación y de las costumbres. Véase BEAUVOIR, S.: *El Segundo Sexo. La experiencia vivida*. Buenos Aires, Siglo XX, 1985, p. 9. Las diferencias de hombres y mujeres responden a elaboraciones sociales, originalmente ajenas a los hechos biológicos. MEAD, M.: *El hombre y la mujer*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 14.

Y en el caso de las jóvenes rurales que evidencian prácticas cercanas al modelo de la *nueva mujer* pero que no participan políticamente, ni reivindican la igualdad al interior de sus hogares y que están más preocupadas por sortear la pobreza y asegurar la supervivencia de sus familias, que de las grandes transformaciones en la condición de la mujer, ¿es que están al margen de los procesos de empoderamiento?

Las ciencias sociales han invisibilizado a una parte de las mujeres rurales latinoamericanas. Y, con ello, a esas “otras” estrategias de empoderamiento que escapan, por situaciones socio-culturales, políticas y económicas, a las tradicionales y ya revisadas formas de inserción e integración social. Apostamos que las mujeres rurales del siglo XX, excluidas de lo público o insertas en él, participan de los procesos de empoderamiento al redefinir los modelos hegemónicos que en el siglo pasado tendieron a definir las.

Estas mujeres no han sido sólo simples receptoras sumisas de los discursos dominantes, ni tampoco se han enfrentado a ellos como simples víctimas, sino que en muchas ocasiones en la realidad histórica, en la vida cotidiana y en la recepción y transmisión de los

discursos de género, las mujeres también se han apropiado de ellos reelaborándolos en función de sus intereses y necesidades¹²¹.

Ni fatalmente víctimas ni excepcionalmente heroínas, las mujeres rurales intervienen en la conceptualización de lo femenino. Desafiantes ante la pobreza y crudeza de los campos, se empoderan redefiniendo los modelos nuevos y tradicionales, creando una versión propia, una versión latinoamericana. Dada la condición histórica de exclusión del espacio público hasta hace una generación, la redefinición se va haciendo en la esfera privada, creando una metáfora del aquelarre donde las brujas celebran sus reuniones. El hogar campesino se transforma en ese aquelarre. Y en él, cotidianamente cada mujer, a través de la repetición y simultánea alteración, aporta en la creación de la figura de lo femenino.

Las mujeres que participan del estudio pertenecen a los valles centrales de Chile y a la sierra peruana. Son *nacidas y criadas* en pueblos rurales. Algunas viven allí aún. Otras lo hacen en las principales ciudades de Perú y Chile –desde que migraron en los años sesenta para buscar trabajo o en los años ochenta, cuando se redefine la estructura agrícola. Otras, más jóvenes, lo hacen para estudiar en la universidad. Se cuenta con relatos de tres generaciones de mujeres: “abuelas”, nacidas en los años treinta y

¹²¹ AGUADO, A. y RAMOS M.: *La modernización de España, 1917-1939: cultura y vida cotidiana*. Madrid, Síntesis, 2002, p. 290.

otras en los cincuenta; “madres”, nacidas a fines de los sesenta; e hijas, nacidas entre los años ochenta y noventa.

Los resultados presentados son parte de la investigación doctoral en curso realizada en la Universidad Complutense de Madrid, guiada por el profesor Miguel S. Valles y financiada por Becas CONICYT. Siguiendo la *advertencia preliminar* de J. F. Marsal, los lugares, nombres de personas y hechos que pudieran ayudar a la identificación [de las mujeres] son ficticios para preservar el nombre de quien(es) relataron [su historia]¹²².

2. Lo femenino en clave latinoamericana. Algunas precisiones conceptuales

La modernidad da cuenta de dos modelos hegemónicos en torno a lo femenino¹²³. Durante el siglo XVIII, con el ascenso de la

¹²² MARSAL, J. F.: *Hacer la América. Biografía de un emigrante*. Barcelona, Ariel, 1972.

¹²³ El concepto de hegemonía es utilizado para hablar de una supremacía de cualquier tipo, siguiendo la definición entregada por la Real Academia Española. En este sentido, para el análisis de lo femenino, hablamos de los modelos que se han impuesto –por razones sociales, políticas y/o económicas– sobre otros modelos pre-existentes. Y que, para ello, se han valido de instituciones como el Estado y la Iglesia, los medios de comunicación de masas y otros poderes fácticos, para homogenizar a la población en los criterios por ellos establecidos. Por ello, cuando se habla de dos modelos hegemónicos en la modernidad, no se intenta obnubilar la existencia de otros modelos, particularmente importantes para los estudios de género. No obstante, estos “otros” modelos no han logrado imponerse a nivel social ni ser respaldados

burguesía al poder, emerge la primera mujer de la modernidad: la *mujer doméstica*¹²⁴. En este modelo, el valor más alto y la única misión de las mujeres es la realización de su propia feminidad (...) tan misteriosa e intuitiva y tan próxima a la creación y al origen de la vida¹²⁵. La mujer acepta su propia naturaleza, que sólo puede encontrar su total realización en la pasividad sexual, en el sometimiento al hombre y la consagración a la crianza de los hijos¹²⁶.

El matrimonio y la figura de la esposa constituyen para ella una expansión, una confirmación de su existencia¹²⁷. Su única lucha [es] *pescar* y conservar un marido¹²⁸. Su única ambición, el matrimonio y los hijos. Hace suyo el espacio doméstico y se convierte en la *reina del hogar*. Confinada al ámbito privado-doméstico, se convierte en pilar fundamental del resguardo de lo privado y en garante del descanso, confort, bienestar y felicidad de su familia. Es la responsable del cuidado de la familia y el exitoso

por aparatos como el estatal o el eclesiástico. Por ello, pueden ser entendidos como modelos “alternativos” a los hegemónicos, independientemente de la fuerza teórica y/o de la revolucionaria reivindicación de derechos sociales, sexuales o políticos que propongan.

¹²⁴ ARMSTRONG, N.: *Deseo y Ficción Doméstica*. Madrid, Cátedra, 1991.

¹²⁵ FRIEDAN, B.: *La mística de la feminidad*. Madrid, Júcar, 1974, p. 70.

¹²⁶ *Ibid.*

¹²⁷ BEAUVOIR, S.: *El Segundo Sexo. La experiencia vivida*, p. 176.

¹²⁸ FRIEDAN, B.: *La mística de la feminidad*, p. 39.

gobierno del hogar (...) brindando a esposo e hijos un ambiente de bienestar¹²⁹.

En América Latina, la mujer doméstica tiene su origen en el choque cultural que se produce [en el] proceso de conquista y colonización de los territorios por parte de los (...) españoles¹³⁰. Es en el *origen remoto*, cuando se refunda [en la región] el sistema patriarcal¹³¹. Según los analistas dualistas, la herencia colonial y patriarcal [lega] un sistema genérico en el cual las categorías femenina y masculina se organizan en esferas netamente separadas y mutuamente complementarias: la mujer en casa, el hombre en la calle¹³².

En el siglo XIX, las Repúblicas recién conformadas no alteran la imagen de lo femenino. Los Estados decimonónicos aseguran la dominación doméstica y el debilitamiento de las posiciones

¹²⁹ PETERSON, J.: "No angels in the house: the Victorian myth and the Paget woman", *The American Historical Review*, Vol. 89, No. 3 (1984), pp. 677-708.

¹³⁰ BRITO PEÑA, A.: *De mujer independiente a madre de peón a padre proveedor. La construcción de identidades de género en la sociedad popular chilena, 1880-1930*. Concepción, Escaparate, 2005, p. 33.

¹³¹ SALAZAR, G. y PINTO J.: *Hombre y Femenidad. Construcción cultural de actores emergentes (Vol. IV)*. Santiago Chile, LOM, 2002, p. 11.

¹³² FULLER, N.: "En torno a la polaridad marianismo-machismo". En ARANGO, L et al.: *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Bogotá, Tercer Mundo, 1995, p. 241.

femeninas¹³³. En efecto, [durante] el siglo XIX (...) la condición social, política y legal de la mujer permanece prácticamente inalterada, a pesar de [su] visible presencia en las luchas independentistas¹³⁴. La imagen de las mujeres como personas subordinadas [y] proveedoras de apoyo, techo, calor y alimento era la tradicional y la que continuaba la herencia iberoamericana¹³⁵.

Durante el siglo XX, la conceptualización de lo femenino sigue el camino trazado por los Estados decimonónicos. La mujer continúa relegada a un discreto segundo plano. Cuando contrae matrimonio, queda bajo la potestad del marido y si trabaja no tiene derecho a disponer de su salario. En Chile era usual encontrar en los periódicos frases como: "... el mayor mérito de la mujer de todos los tiempos está en la facultad de amar y en su instinto de la maternidad, cualidades que posee en alto grado la chilena"¹³⁶. En el caso peruano, [la] influencia de la Iglesia Católica tradicional [y] al

¹³³ ZEBALLOS, J.: "La educación del bello sexo en dos novelas del siglo XIX: El caso de El Correo del Perú", *Revista Virtual de Literatura El Hablador*, n° 15 (2008).

¹³⁴ SÁNCHEZ KORROL, V.: "Mujer en América Latina y el Caribe. Siglos XIX y XX". En NAVARRO, M. y SÁNCHEZ KORROL, V. (coord.): *Mujeres en América Latina y el Caribe*. Madrid, Narcea, 2004, p. 125.

¹³⁵ *Ibid.*, p. 134.

¹³⁶ GAVIOLA, E. et al: *Queremos votar en las próximas elecciones. Historia del movimiento sufragista chileno 1913-1952*. Santiago Chile, LOM, 2007, p. 33.

autoritarismo profundamente arraigado en la sociedad [peruana] intensifica el estatus inferior de las mujeres¹³⁷.

Ahora bien, el siglo XX ha sido testigo de la emergencia de una nueva conceptualización de lo femenino: la *nueva mujer*. “[Ella es] desconocida de nuestras abuelas y hasta de nuestras madres”¹³⁸. “[La mujer] no [es más] ese ser encerrado en los estrechos límites de su destino biológico”¹³⁹. Está liberada de la esclavitud de la procreación y de la severa moral sexual¹⁴⁰. Explora las potencialidades de una relación pura, de igualdad sexual y emocional¹⁴¹. Articula su biografía a la acción y decisión individual, alejándose de recetas antiguas¹⁴².

En América Latina la situación no ha sido diferente. “En todos los países de la región [tienen] lugar cambios en [la] condición [de la mujer]. Las modificaciones –más lentas o más rápidas– asoman en todas las comunidades. Se asiste a grandes transformaciones de los

¹³⁷ VARGAS VALENTE, V.: *Feminismos en América Latina. Su aporte a la política y a la democracia*. Lima, Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán-Facultad de Ciencias Sociales de la UNMSM, 2008, p. 32.

¹³⁸ KOLONTAY, A.: *La mujer nueva y la moral sexual y otros escritos*, Madrid, Ayuso, 1976, p. 45.

¹³⁹ SULLEROT, E.: *Mujer, sexo y sociedad industrial*, Madrid, Cid, 1966, p. 127.

¹⁴⁰ LIPOVETSKY, G.: *La tercera mujer*.

¹⁴¹ GIDDENS, A.: *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid, Cátedra, 2008.

¹⁴² BECHK, U. y BECK-GERNSHEIM, E.: *El normal caos del amor*. Barcelona, Paidós, 2001.

papeles y funciones que desempeñaban las mujeres”¹⁴³. “[Es] un cambio revolucionario, por el cual emerge y se instala una nueva hegemonía (la femenina), al mismo lado y nivel de la que desde siempre habría existido (la masculina)”¹⁴⁴.

En efecto, la *nueva mujer* latinoamericana, desde los últimos años del siglo XIX, [comienza] a despertar del estado de postración que le tenía reservado la sociedad, demandando (...) con mayor ímpetu, su derecho a la educación y al trabajo, en igualdad de condiciones con los hombres¹⁴⁵. La común protesta al comenzar [el] siglo [XX ha sido] sacudirse el yugo de la inferioridad civil [y, con ello] alcanzar la ciudadanía¹⁴⁶. [Las mujeres] quieren la autosuficiencia para sí mismas¹⁴⁷. Pues reconocen la igualdad de la

¹⁴³ BARRANCOS, D. y CANO, G.: “Introducción”, en MORANT, I. (dir): *Historia de las Mujeres en España y América latina. Del siglo XX a los umbrales del XXI (IV)*, Madrid, Cátedra, p. 497.

¹⁴⁴ SALAZAR, G. y PINTO J.: *Hombre y Femenidad. Construcción cultural de actores emergentes (Vol. IV)*, p. 9.

¹⁴⁵ GAVIOLA, E. et al.: *Queremos votar en las próximas elecciones. Historia del movimiento sufragista chileno 1913-1952*, p. 143.

¹⁴⁶ BARRANCOS, D. y CANO, G.: “Introducción”. En MORANT, I. (dir): *Historia de las Mujeres en España y América latina. Del siglo XX a los umbrales del XXI (IV)*, Madrid, Cátedra, 2006, p. 501.

¹⁴⁷ SÁNCHEZ KORROL, V.: “Mujer en América Latina y el Caribe. Siglos XIX y XX”. En NAVARRO, M. y SÁNCHEZ KORROL, V. (coord.): *Mujeres en América Latina y el Caribe*. Madrid, Narcea, 2004, p. 156.

mentalidad y de las aptitudes del hombre y la mujer [y su] igualdad ante la ley¹⁴⁸.

Comienza la lucha abogando por la consecución del voto femenino. Esta demanda la realizan, principalmente, mujeres aristócratas. En Chile, prominente pionera es Amanda Labarca que trabaja a favor del sufragio femenino y de los derechos civiles y políticos de las chilenas¹⁴⁹. En Perú es M^a Jesús Alvarado Rivera quien encabeza la batalla por el sufragio femenino¹⁵⁰.

Las mujeres populares de la región también tienen una *historia* que contar en materia de lucha, empoderamiento e integración. Su lucha, no obstante, es la de la supervivencia en el escenario de una crisis profunda que arrastra América Latina desde los años setenta. En efecto, un modelo de desarrollo desigual y [la] militarización

¹⁴⁸ RIVERA ALVARADO, M. J.: "El feminismo. Respuesta a un artículo publicado en 'El Comercio' que impugna el feminismo", Lima, 1911, recurso electrónico: <http://ideasfem.wordpress.com/textos/f/f07/> (abril de 2013).

¹⁴⁹ AGOSIN, M.: "Prefacio estadístico y Mujeres de humo", En MORGAN, R. (comp.): *Mujeres del mundo. Atlas de la situación femenina*. Madrid, Vindicación Feminista, 1993.

¹⁵⁰ PORTUGAL, A. M.: "Prefacio estadístico y Ni siquiera como un pétalo de rosa". En MORGAN, R. (comp.): *Mujeres del mundo. Atlas de la situación femenina*. Barcelona, Hacer y Vindicación Feminista, 1993.

social y política de la región tiene efectos que pesan en los sectores populares a través de la violencia y políticas de ajuste¹⁵¹.

Para las mujeres populares esto significa el deterioro de sus condiciones de vida y trabajo. Para asegurar la subsistencia, se exponen a más trabajos, que derivan en un mayor empleo en el servicio doméstico y dedicación al comercio informal al tiempo que realizan las tareas de su casa¹⁵². Las mujeres populares participan de lo público y trabajan, pero no para reivindicar un derecho o la igualdad frente al hombre, sino para asegurar la supervivencia familiar.

En efecto, esta situación de las clases populares es extensible a otros contextos. Hay que tener en cuenta que en países con altos niveles de ruralidad, las mujeres siempre han participado en [las] labores agrícolas como parte de sus obligaciones domésticas¹⁵³. Y que en las clases trabajadoras la mujer sí ha salido al mundo. Entre los obreros o los campesinos pobres sí estaba justificado por lo visto que la mujer se matara a trabajar en casa y fuera de ella, e incluso fuera a *servir* a la casa de otra señora¹⁵⁴.

¹⁵¹ LUNA, L.: "Desarrollo y cambios en la situación de las mujeres latinoamericanas (Siglo XX)". En *Cuadernos África-América*, nº 3 (1991), p. 104.

¹⁵² *Ibid.*

¹⁵³ YUSTA, M.: "Las mujeres en la resistencia antifranquista, un estado de la cuestión", *Arenal*, vol. 12, nº 1 (2008), p. 106.

¹⁵⁴ DE MIGUEL, A.: *El miedo a la igualdad. Varones y mujeres en una sociedad machista*. Barcelona, Grijalbo, 1975, p. 22.

3. El empoderamiento rural según generaciones de mujeres rurales

3.1. Abuelas. Entre la supervivencia, la migración y la familia

Hablar de las abuelas es, ante todo, hablar de la generación de mujeres que presencian las principales crisis políticas del siglo XX y sus efectos económicos y sociales en la vida familiar. Es hablar de quienes observan cómo los procesos modernizadores de los años 60 –que se dan en Chile y Perú– reconfiguran el medio rural y facilitan la emergencia de una *nueva ruralidad*. Es hablar de quienes observan los modelos de lo femenino puestos en jaque durante el siglo XX. Son ellas, las abuelas, quienes han visto en sus propias trayectorias vitales, y en las de hijas y nietas, los cambios que la condición de lo femenino ha experimentado en Chile y Perú.

Son las abuelas, en sus propias biografías, quienes experimentan –gustosas o sufrientes– las costumbres, normas y restricciones que rigen el actuar de las muchachas en sociedades fuertemente tradicionales. Y los incansables trabajos que deben realizar, marginando la posibilidad de estudiar o jugar. Son ellas quienes viven en *carne propia* las reiterativas migraciones internas que se experimentan en ambos países.

Las mujeres rurales del cono sur no pueden quedarse en casa. Deben migrar, siendo muy jóvenes, a casas de familiares para asistir

a pequeñas escuelas rurales y aprender a leer. O para encontrar un trabajo -en casas de familias acomodadas de Santiago- que contribuya al escaso ingreso de la familia rural. Las peruanas, por su parte, se quedan en sus pueblos, se quedan trabajando la tierra. Algunas tienen la fortuna de contar con pequeñas chacras en sus casas; otras con tierras para el ganado a unos cuantos kilómetros. Otras, ya sin tierras, tienen que *agarrarse un sitio y poner una granja.*

Pues bien, la niñez de esta generación de mujeres ocurre en el campo. Allí no hay luz, ni agua potable. Pero la comida no escasea. Los huertos están repletos de hortalizas. Las tierras son trabajadas por los padres, y el ganado permite alimentara al núcleo familiar. Son los primeros años de infancia años alegres, rodeados de música típicamente campesina, de juegos con hermanos, de travesuras infantiles.

Pero el campo latinoamericano, principalmente durante la primera mitad del siglo XX, carece de infraestructura vial o eléctrica. Y, sobre todo, de espacios donde los niños puedan educarse. Esta situación determina en la generación de las abuelas un punto de inflexión, puesto que deben migrar, por primera vez, en busca de mejores condiciones. Llega la hora de ir a estudiar y con ello el primer paso en lo que será una trayectoria de migraciones, pues *todo está en la ciudad.*

El relativo aislamiento en que viven durante la niñez, obliga a que las trayectorias se vinculen, indisolublemente, al desplazamiento hacia zonas más urbanizadas. Una vez allí, se inicia también una nueva forma de trabajo. En sus casas de origen, y en tanto miembros de familias campesinas, las niñas participan de labores ligadas a la producción del predio. En las ciudades, han comenzado a trabajar y siguen contribuyendo económicamente a sus familias.

Durante los años sesenta, las jóvenes contraen matrimonio, tienen hijos y abandonan sus trabajos para dedicarse al cuidado de la familia. El matrimonio constituye un hito en las biografías, ya que rompe con las pautas de inserción laboral femenina –formales o informales, precarias o estables– y su relativa participación en el ámbito público. Con nuevas fuentes laborales para los esposos y una mejora en los ingresos familiares, las biografías femeninas se desvinculan del trabajo *fuera de mi casa*. El modelo de mujer recluida en su hogar adquiere fuerza. Las mujeres rurales inscriben sus biografías en la tríada matrimonio-hijos-hogar. Han abandonado sus trabajos para convertirse, aunque sea brevemente, en *reinas del hogar*.

Brevemente, pues hay dos importantes elementos que deben ser analizados a la hora de evaluar los modelos de lo femenino en América Latina. El ideal del matrimonio y de la figura de la *reina de*

hogar se trunca rápidamente. Las razones, siempre hay que ir a trabajar y el hombre no es lo que dijo ser.

En efecto, en relación al primer punto, vemos que los altos niveles de ruralidad y de precariedad que envuelve las trayectorias de familias populares, no permiten la subsistencia del núcleo con un único ingreso. Los bajos sueldos, la precariedad laboral así como la flexibilidad en los empleos no permiten que el hombre cumpla el rol de único proveedor. La mujer de origen rural debe salir, al igual que el resto de las mujeres populares, a trabajar.

Por otra parte, y en relación al modelo esperado de masculinidad, se evidencia que éste no cumple los cánones establecidos. Los hombres son borrachos, *se gastan todo el sueldo en copete [en alcohol]*. O las agreden por más de una década: *me trataba mal (...) con insultos (...) me levantaba la mano (...) él era ordinario.*

Cuando el modelo de mujer doméstica se trunca, emerge una imagen *exagerada* de la maternidad. Ahora bien, es propio de la identidad cultural latinoamericana, el vincular indisolublemente lo femenino con lo materno. “Y ocurre, hasta tal punto, que la mujer latinoamericana sabe (...) desde siempre [que] es madre, y que no podrá establecer un vínculo con los hombres sino en cuanto

hijos”¹⁵⁵. En el caso de las entrevistadas, la figura exaltada de la maternidad se traduce en una suerte de fusión de la madre con la hija. Esta fusión se manifiesta en la implicación en cada una de las actividades de los hijos. Y, por sobre todo, en la urgencia de establecer con éstos una relación de amistad, de ser *su mejor amiga*.

¿Qué queda por hacer cuando los modelos de masculinidad no se logran y cuando el vínculo con los hijos parece el único vector? Frente a la insuficiencia del modelo de lo masculino, emerge en lo femenino una especie de “superioridad espiritual que predica que las mujeres son moralmente superiores y más fuertes que los hombres. [Su] fuerza espiritual engendra abnegación, es decir, una capacidad infinita para la humildad y el sacrificio. Ninguna autonegación es demasiado grande para la mujer latinoamericana”¹⁵⁶. Las entrevistadas, las mujeres-madres retoman su participación en el mercado laboral y lo hacen en uno, dos o tres actividades, para dar de *comer a mis hijos*. Hablamos del ya escuchado, *todo lo hago por ellos*.

Pues bien, como vemos, hay dos mecanismos a través de los cuales la generación de las abuelas se empodera y revierte los

¹⁵⁵ MONTECINO, S.: “Identidades de género en América Latina: mestizajes, sacrificios y simultaneidades”, en ARANGO, L. et al.: *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Bogotá, Tercer Mundo, 1995, p. 245.

¹⁵⁶ STEVEN, Evelyn (1977), cit. FULLER, N.: “En torno a la polaridad marianismo-machismo”. En *Ibid.*, p. 243.

cánones que los modelos de lo femenino han dictado. Por una parte, el proceso migratorio que experimentan a temprana edad, las conduce primero, a nuevos estilos de vida más autónomos, respecto a la tradicional cohesión de las unidades agrícolas. Segundo, las lleva a participar del mercado laboral, generando con ello ingresos que intensifican la independencia ya alcanzada, ahora económicamente.

Por otra parte, y luego de haber representado –aunque brevemente– a la *reina del hogar*, la construcción cultural latinoamericana se evidencia y conduce a la mujer rural a tomar conciencia de su fuerza, de sus capacidades y habilidades. Y, con ello, a asegurar el futuro afectivo y material de sus hijos.

3.2. Madres. El campo, la migración y la sexualidad

Las madres son aquella generación de mujeres que nace entre los años sesenta y fines de los setenta. La niñez es recordada como una etapa feliz, “ahí uno juega, se divierte, pasa los mejores años de su vida sin problemas, no tenís [tienes] responsabilidades grandes más que estudiar, bañarse y comer, eres carga de otra persona (...) éramos felices”. Esta etapa transcurre en el campo, aunque hay algunas diferencias respecto a la generación anterior.

En las casas de estas mujeres aún hay cultivos agrícolas y ganadería, que sirven de sustento para la familia. Y se observa, también, un incipiente desarrollo rural que evidencia un campo en transición. Gracias al desarrollo en infraestructuras, las mujeres, en su niñez, no deben desplazarse a zonas urbanas para poder estudiar, pues en los campos ya hay escuelas rurales. No obstante, algunas deben abandonar tempranamente el colegio, pues deben seguir ayudando en casas y en las tareas agrícolas de la familia. Esta generación sólo accede a la educación primaria.

Al cumplir los 18 años, y dadas las precarias condiciones de existencia que aún se observan en los campos del cono sur, las mujeres se ven obligadas a migrar a las capitales. Ya no buscan en la ciudad escuelas para aprender a leer y escribir. Buscan ahora nuevas fuentes de ingreso, pues, como señalábamos, la agricultura ya no basta por sí misma. Trabajan, principalmente, como *asistentas* en hogares de clase media de la capital.

Comienzan por estos años los primeros noviazgos que ponen en jaque los modelos dominantes de lo femenino, particularmente en su dimensión sexual. Recordemos que la presencia de la Iglesia Católica en el medio rural latinoamericano es particularmente intensa desde la década de los sesenta. Son, en efecto, las instituciones eclesíásticas quienes controlan la moral sexual, vinculando sexo con impureza. Luz, arequipeña, recuerda que las

monjas “nos han inculcado que la señorita es una rosa, viene un fulano la sobajea, son como cinco que la sobajean, ¿qué va pasar? la rosa quedaba marchitada”.

La familia es responsable de controlar a las mujeres en sus relaciones extra domésticas. Y lo realiza transmitiendo una imagen negativa y amenazante de los hombres e incorporando imágenes femeninas puras, desexualizadas e inofensivas. En Huancayo, Perú, se enseña que “no tienes por qué recibir de los jóvenes cuando te invitan, porque te pueden dar cosas malas”.

Por último, el *cotilleo vecinal* actúa como un poderoso mecanismo de control de las prácticas sexuales femeninas. “Los papás no nos dejaban pololear [tener novio] no teníamos amigos hombres”. Son comunes las críticas a las madres solteras, separadas o emparejadas. Por eso, y para evitar las vergüenzas de un posible embarazo, “a los 16 años (...) mi papá me hizo casarme porque me pilló pololeando [estar de novia] sin estar embarazada”.

A pesar de la intensa promoción del modelo de madre, virgen y santa, emerge en las prácticas de las mujeres rurales, una moral sexual alternativa o de *tipo b*, que se evidencia en la amante, madre solera y amancebada. El ideal del *ángel asexual* se trunca ante la inminencia de rebeliones femeninas frente al modelo hegemónico. Frente a la mujer madre-esposa, emergen mujeres solas con hijos.

La *mujer doméstica* se trunca porque –a pesar de la redefinición del modelo femenino y su generalización a los sectores populares– no se altera el modelo masculino, que reproduce al caminante errante del siglo XIX. La fugaz presencia masculina sienta las bases para imaginar la vida doméstica de las burguesas. Prontamente, niñas que ven marchar a su padre con otras mujeres, o adolescentes embarazadas abandonadas por sus parejas, asumen el único rol que históricamente les ha sido asignado: jefas [cabeza] de hogar. Las mujeres vuelven a trabajar, pues deben asegurar el ingreso familiar.

Por lo tanto, para esta generación de mujeres, hay dos formas no visibilizadas de empoderamiento a lo largo de sus trayectorias vitales. Por una parte, la recuperación de un código de moralidad sexual alternativo que les permite tener parejas e hijos sin la necesidad de contraer matrimonio. Y, por otra, frente a la continuidad del modelo de masculinidad, su reinserción en el mercado laboral para asegurar la sobrevivencia familiar.

3.3. Hijas. Educación, diversión y maternidades tempranas

Las hijas son la generación de mujeres nacidas entre los años ochenta y noventa, que viven en una *nueva ruralidad* con nuevas perspectivas de vida. Estas jóvenes son hijas de la modernización agrícola y, por tanto, se enfrentan a un campo completamente

reformado. Acceden a institutos y universidades, abandonan la *jerga* campesina, acercan su tasa de fecundidad a la de sus pares urbanas.

Parece ya un recuerdo el Chile de huasos de ojota y chupalla; de pequeñas parcelas trabajadas por los abuelos, inquilinos de las tierras del patrón; o de fondas y ramadas, animadas por payas y guitarras. O del recuerdo de un Perú de casas de adobe y de chacras donde las abuelas cultivan el olluco, el maíz, la papa; o de poblados enteros que sólo hablan el quechua y prácticamente no comprenden el español. Es un campo desconocido para abuelas y madres.

La juventud de las hijas se asocia, por una parte, a la idea de proyectos educativos y profesionales. *Terminar el colegio* es una meta básica. Se aspira a ingresar a una universidad, *tener una carrera, ser alguien en la vida*. Por otra parte, los discursos giran en torno al ocio, al divertimento, al *disfrute de la vida*, lo que las transforma en las *ovejas negras* de sus familias. Esta es la primera generación de mujeres rurales que conceptualiza sobre el tiempo libre, la diversión, las salidas *a discotecas, con novios, amigas, por ahí*.

Son una generación que experimenta nuevas formas de intimidad, pues cuentan con mayor tiempo libre, ya que no se ven obligadas a participar de tareas agrícolas, prácticamente inexistentes para las familias rurales, y con mayores niveles de libertad. Los

controles familiares se han reducido, y el *cotilleo vecinal* ya no parece ser un factor de relevancia.

Las jóvenes rurales conceptualizan en torno a la importancia del amor en pareja, en detrimento de la virginidad. Siendo aún jóvenes, tienen parejas estables, con los cuales tienen a sus primeros hijos. Los embarazos adolescentes son problemáticos, ya no por el *qué dirán*, sino por las dificultades que impone al logro de los proyectos educacionales. Se inicia la convivencia con sus parejas, las que, al igual que sus padres, prontamente se van con otras mujeres. Se repite, una vez más, el ya histórico *vagabundeo*.

Aun con nuevas pautas sexuales, el matrimonio sigue siendo un ideal, que se ha visto truncado incluso antes de comenzar. La maternidad sigue siendo donde las mujeres del cono sur vierten sus aspiraciones. Y, tal como lo hicieron las generaciones anteriores, deben seguir trabajando, para *dar de comer a mi hijo*.

Pues bien, en estas jóvenes, como vemos, hay rasgos propios de la *nueva mujer*, particularmente en relación a la moral sexual, la importancia atribuida a los estudios y la profesión. No obstante, el modelo de mujer doméstica sigue presente, en torno a los ideales del matrimonio y la maternidad. Estos dos modelos se fusionan cuando la mujer debe empoderarse para hacerse cargo de su familia monoparental. Estas mujeres –y también abuelas y madres– lo único

que conocen es el trabajo. Pues los hombres jóvenes, al igual que los abuelos y padres, siguen *vagabundeando*.

4. A modo de cierre. ¿de qué empoderamiento hablamos?

En estas tres generaciones de mujeres rurales del siglo XX observamos, en primer lugar, una forma particular de empoderamiento vinculado a la participación en el mercado laboral, antes y después de las reivindicaciones feministas. El trabajo es la forma histórica de participación y empoderamiento de las mujeres rurales: por condiciones socio-económicas y por condición de ruralidad.

En efecto, abuelas y madres en su niñez, trabajan pues en el marco de la ruralidad toda la familia es considerada mano de obra. En la edad adulta las abuelas, por una parte, pertenecen a los sectores populares con residencia urbana. La estancia en la esfera privada es fugaz. Deben regresar al mercado laboral. Las madres en su edad adulta, por otra parte, ya no trabajan la tierra pero no dejan de trabajar en las ciudades. Sus parejas se marchan y nuevamente emerge la *jefa o cabeza del hogar*. Para las hijas, no queda otra opción que combinar el trabajo fuera de casa, porque el dinero *nunca alcanza*, con el de *dentro de casa*, porque los modelos de lo masculino siguen sin redefinirse.

En segundo lugar, observamos una forma de empoderamiento en los procesos de redefinición de *lo femenino*. Esto ocurre cuando se rescata una moral de *tipo b* que nunca ha dejado de existir. A pesar de los esfuerzos de la Iglesia católica (y sus colegios), el Estado y la familia, las mujeres rurales y populares siguen teniendo sus hijos fuera del matrimonio y conviviendo con diferentes parejas.